

Tratado del retorno

ERNESTO LUMBRERAS

Para Francis Bacon el arte no es otra cosa que el hombre añadido a la naturaleza. La lectura de este utopista inglés sobre nuestra expulsión del edén fue, lo podemos comprobar hoy en día, escrupulosamente benéfica, *religadora*, es decir, falsa, quimérica. El renacimiento europeo condicionó desde entonces una cultura antropocéntrica. La naturaleza mítica quedaba así, como exclusividad, para el ocio de los poetas. Claro, también sería escenario para la caza de la zorra de los nobles y de los burgueses y reserva de materia prima para los centros industriales. Los románticos alemanes e ingleses repararon críticamente en la dimensión de esta caída. El protagonismo de la especie del hombre aunado al idealismo positivista del progreso nos deja un balance devastador. Como un síntoma de esta debacle resulta grave que una de las acepciones en nuestro lenguaje diario de la palabra *natural*, término que convocaba una urdimbre de asombros, quiera decir llanamente, lógico, normal. Nos referimos desacralizando un orbe materno de estas u otras formas: "es natural que nos pase esto", "naturalmente que así es", "hazlo natural".

El tiempo de la poesía ciertamente es otro. Su memoria es un recuento extraño y felizmente vivo. La mirada reconciliadora de los poemas de *Una razón para vivir* de Ángel Rupérez (Burgos, España, 1953) corrobora, con todo el sentido trágico de la historia, un antes de la caída, pero encamina también hacia una nueva armonía. Así, la orientación anímica del libro reside en reencontrarse en la pertenencia de lo vegetal, de lo animal y de lo mineral como la cifra de un sentido integrador, no desde una solidaridad como de conciencia ciudadana, tan frecuente en el discurso político de nuestros países. La inmersión hacia la naturaleza (otoñal como metáfora de un sol fértil pero también vulnerable) se pre-

senta en las páginas de este libro como una actitud estrictamente personal, intransferible como nuestro morir expresado por Heidegger. Un adentrarse íntimo, meditado desde el duelo de la experiencia, desde el fulgor de un conocimiento unívoco:

He querido variar el plan de mi
[costumbre
y he cogido una carretera distinta de la
[habitual
para llegar a casa y he visto el parque
iluminado por el oro del otoño y por
[un silencio
perfumado de hogueras...

El tono enfáticamente oral propicia una cercanía emotiva, una pulsación empática respecto del devenir del poema. Apoyado en el monólogo interior, su movilidad textual seduce por su trazo anímico, por su soporte visual. Es notable su montaje rítmico, dialógico con la secuencia narrativa de los poemas. Evade la elocuencia, el tono mayor de la poesía, para nombrar su realidad. El registro tiende lejos de la representación simbólica de la materia temática hacia un especie de escritura documental, casi un diario de vida pero sin excesos de sinceridad. No sólo por su dicción (gestual y cromática), sino también por su "mirada que reflexiona", por su posición crítica pero a la vez religadora del mundo, Rupérez comparte una genealogía con cierto Machado y con el Cernuda de *Donde habita el olvido*. Puedo agregar cierta correspondencia con Francisco Brines, pienso sobre todo en *Las brasas*, en ciertos momentos de *Insistencias a Luzbel* y en *El otoño de las rosas*, asimismo identifico una proximidad de territorios con la poesía de Antonio Colinas, específicamente con la anterior a *Los silencios de fuego*.

El nombre de este poeta en México es prácticamente desconocido. Además

del que comentamos, ha publicado otros cuatro libros de poesía: *En otro corazón* (1983), *Las hojas secas* (1987), *Conversación en junto* (1992) y *Lo que han visto mis ojos* (1993). Es además traductor de poesía inglesa y crítico de *Babelia*, suplemento de *El País*. Sin ser una rareza en el contexto de la actual poesía española es, como lo presentan sus editores, un poeta secreto. La poesía escrita en el país de Góngora y Quevedo se encuentra en estos últimos años en un estado de mimetismo y de una práctica endogámica severa. La institucionalizada *poesía de la experiencia* es el punto de clonación poética. Sin una revisión crítica de la tradición, los partidarios de esta línea fundan en el sentimentalismo de lo inmediato el asidero de su discurso. Evidentemente la poesía de Ángel Rupérez ha remontado esa gravedad. Para este poeta, la escritura del poema no se cancela en su temporalidad presente, social del momento. Sabe que la naturaleza es una escritura cíclica pero al mismo tiempo renovada como la poesía: "No me gusta desperdiciar el oro / de los álamos que han llegado a su fin."

Sin embargo, en algunos casos la totalidad textual de *Una razón para vivir* resulta excesiva, sofocante en su repetición anímica y de paisaje. La demasiada luz (que siega y ciega al lector) inhibe el retorno. Se reclama una focalidad de contraste que ejerza una movilidad menos condicional al temperamento del hablante de los poemas del libro. Sucede también que este hablante es continuo e invariable, menoscabando el horizonte anímico. Porque de pronto se manifiesta un ensimismamiento pernicioso, una retórica no exenta de ideología (una suerte de franciscanismo moderno), que sin proponérselo incita al proselitismo. Por otra parte, la verticalidad descriptiva, el número sobre la esencia, mina la altura de la evocación central de algunos textos. Desde luego que este comentario no obsta para reafirmar la presencia de una voz de excepción en las más recientes promociones de poetas españoles. ♦

Ángel Rupérez: *Una razón para vivir*, Tusquets, Barcelona, 1998. 88 pp.